

de su a menudo distanciada intermitencia: la expresión barroca con que aprieta el cuello expresivo, con que lo retuerce para sacarle el jugo (v. g. en la reciente herida de su alma el miedo ha depositado su sal interminable, p. 54), y la fidelidad sensoria con que afianza el comercio con las cosas (retrocede a oscuras, bajo una lechosa esperma lunar, p. 50).

Hay memoria sensitiva, encomiabilísima. La de un poeta-psicólogo que novela, de ahí que los aciertos formales de «Puerto Limón» se iteren, sobre todo, cuando se subjetiva el paisaje, cuando se insiste en el módulo bergsonianos del tiempo. No faltan entonces las sugerencias onomatopéyicas que provocan lapsos de hipnotismo en el lector, fulgores con que alumbra la íntima experiencia del transcurrir de la vida.

Gutiérrez tiene apenas 32 años. Hace poco nos brindó «Manglar», donde el subconsciente alcanza el primado y donde late el pulso de un artista poderoso. Con el peso natural que las cosas deben tener en una novela. «Puerto Limón» es más significativo.

Los años irán concretando la fina y alta calidad literaria de Joaquín Gutiérrez, lo harán podar algún retorcimiento eventual, cierto prurito de lirismo evanescente. Lo harán decidirse por la energía de los hechos, por la firmeza de la tierra. Todo lo cual ya se consigue en gran parte en la obra que comentamos, una de las mejores en la literatura sudamericana de los últimos tiempos.

ECOS CULTURALES DE EUROPA:

<https://doi.org/10.29393/At302-13BJCD10013>

BENJAMÍN JARNÉS ✓

Recientemente falleció en España uno de los más finos y menos «estrepitosos» valores de la generación de escritores españoles comprendida entre la del 98 y las últimas promociones: Benjamín Jarnés, quien no ha mucho había regresado a Madrid, después de soportar durante diez años el exilio con la misma proba dignidad de su vida entera de escritor independiente,

lo que en lengua española significa siempre una decidida vocación ascética.

Conocimos y estimamos a Jarnés desde los ya lejanos días de la que William Satarkie nos decía, hace bien poco, «la gran época de «El Sol», es decir, la comprendida, aproximadamente, entre la implantación de la dictadura del general Primo de Rivera y los prolegómenos de la caída de la Monarquía, cuando la empresa editora de «El Sol» y de «La Voz» se vió obligada a pasar la mano a otra realista, al fracasar el golpe de Jaca, en Diciembre de 1930. Tenía entonces toda la apariencia de un hombre humilde y errante, con harta más sinceridad que los dos «profesionales» de ambas condiciones humanas—Azorín y Baroja—por no enmascarar, en el caso de Jarnés, el legítimo orgullo que, en el fondo, anida en aquéllos, junto a una archiburguesa concepción de la vida y de las cosas. Jarnés, de tan fina sensibilidad como el que más y tan culto como cualquiera, era tan profundamente humano que no sólo ningún hombre podía serle ajeno sino que para él todo—incluso la más alta literatura—había de ser concebido en noble función de servicio a la humanidad entera. Sin embargo, jamás tuvo la menor veleidad hacia cualquier tipo de literatura «engagé», revolucionaria o proletaria, por su claro sentido de la jerarquía y las funciones estéticas, para él cosa enteramente distinta a la militancia política, no obstante haber sido la suya definida y abnegada. Sin embargo, ¿cómo podía caer en ninguna suerte de polarización fanática quien estimaba que «todos los conflictos humanos arrancan de una falta de expresión, de comprensión mutua»?

La fortaleza espiritual de Jarnés no estuvo acompañada de una correlativa salud física. Siempre le conocimos aquejado por esta u otra afección, lo que no mellaba, sin embargo, su mucha afabilidad. Cuando llegó a España, estaba íntimamente preparado para lo peor. Pero, el buen luchador y trabajador infatigable, había incluido en sus maletas del penúltimo viaje de su vida dos originales preparados para su publicación inme-

diata: la segunda edición del «Libro de Esther» y un primoroso tratado—«Eufrosina o la gracia»—en el que culminan las altas cualidades de precisión, claridad y sobriedad que había perseguido durante su vida entera.

NUEVA EDICIÓN DE BÉCQUER

La editorial madrileña de Afrodísio Aguado ha hecho una nueva edición de las «Obras completas» de Gustavo Adolfo Bécquer, con toda la dignidad que merece quien, sin lugar a dudas, ocupa un lugar tan destacado en el Parnaso español, no obstante las muchas oscilaciones que su valor ha tenido en la bolsa literaria.

Bécquer, efectivamente, fué poco apreciado por sus contemporáneos, más atentos al ruido con que se manifestaban un Zorrilla o un Núñez de Arce. En general, pasó casi inadvertido junto a ellos, y aun quienes le tomaron entonces en consideración fué para asegurar que se trataba, más bien, de un fino declamador de quiméricas irrealidades: tal fué el caso de don Juan Valera, impermeable el auténtico dolor que reflejaban las rimas de Gustavo Adolfo.

Como en varios otros casos, tal vez fué Azorín quien inició una nueva estimación de él, comenzando así la boga que había de alcanzar con la generación siguiente a la del 98. Desde entonces, Bécquer fué en ascenso, hasta culminar en 1936, año del centenario de su nacimiento. Después, la guerra civil española impuso bruscos cambios en la estimativa—en ambas corrientes fraticidas—amenguándose, evidentemente, la consideración que el poeta sevillano había alcanzado hace una veintena de años.

La edición que nos ocupa, cuidadosamente dirigida por Manuel Sanmiguel, se inicia con la «Introducción sinfónica» que Bécquer escribió, dos años antes de su muerte, como prólogo a su manuscrito «Libro de los gorriones. Colección de proyectos,